



Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña

Boxer's "berretín". Labor, sport and entertainment in Buenos Aires during the interwar period

María Ullivarri *

Recibido: 20 de mayo de 2020

Aceptado: 21 de junio de 2020

Resumen

Este trabajo analiza, en los inicios del boxeo como espectáculo en Buenos Aires, la construcción del pugilismo como una alternativa de trabajo para muchos hombres. En esos años de la entreguerras, la profesionalización del deporte apareció como una discusión, una tensión y una posibilidad. Paralelamente, esos años estuvieron signados por la impronta casi heroica de las peleas de Firpo y Justo Suárez, que alimentaban la idea de que existían posibilidades de éxito en ese mundo de los golpes. Es justo en ese cruce entre las búsquedas y los sueños de algunos hombres, y las discusiones y posibilidades que habilitaba la sociedad para alcanzarlos, donde se insertan algunas de las preguntas de esta propuesta. ¿Quiénes eran esos boxeadores? ¿Cómo construían su carrera? ¿Quiénes intervenían en su formación? ¿Qué deseaban? Quizás muchas de estas preguntas no puedan ser resueltas, pero nos permiten acercarnos a la sociedad de la entreguerras desde los márgenes y sus sueños. Para encontrar algunas respuestas analizaremos las memorias de algunos boxeadores, las discusiones en la prensa deportiva, la prensa especializada y las actas y memorias de las instituciones reguladoras del boxeo en la ciudad, a fin de poder pensar de qué manera el boxeo fue experimentado por estos hombres.

Palabras clave: boxeo, trabajo, entreguerras, Buenos Aires

Abstract

This work analyzes, in the beginnings of boxing as a show business in Buenos Aires, the construction of boxing as a work alternative for many men. During the interwar years, the professionalization of sport appeared as a discussion, a tension and a possibility. At the same time, those years were marked by the heroic imprint of Firpo and Justo Suárez's fights, which fed the idea that there were possibilities of success in the world of punches. It is precisely at that crossroads between the pursuits and dreams of some men, and the discussions and possibilities that society enabled to achieve them, where some of the questions of this proposal take place. Who were those boxers? How did they build their career? Who was involved in their formation? What did they want? Perhaps many of these questions cannot be answered, but they allow us to approach interwar society from the margins and its dreams. To do so we will analyze the memories of some boxers, the discussions in the sports press, the specialized press and the minutes and reports of the boxing regulatory institutions in the city, in order to think about how boxing was experienced by those men.

Key words: boxing, labor, interwar, Buenos Aires

* Historiadora, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires (IIEGE/UBA).



Introducción

No es amor,
de ese amor tan carnal,
ni es pecado mortal.
Es locura, es sentir,
un capricho apasionado
o un castigo que me han dado
o es nomás un obstinado berretín
(Berretín – Freyre y Mesa)

En 1924, Luis Galtieri, conocido como “el chiquito de Pompeya” y uno de los mejores medianos de la época, le contaba a un cronista de *El Gráfico* que había trabajado de sastre con su hermano, pero consideraba que esa labor era “propia de mujeres”. Agregó que “sentía horror por el taller...una pieza sombría, triste. De noche, una lámpara...el ruido de la máquina...los ojos enfermos.”¹ Luis buscó otros rumbos y encontró trabajo de encuadernador, pero tampoco lo disfrutaba porque otra vez le tocaba coser y encolar. “Yo aspiraba a un oficio recio”, “de peligro”, comentaba Galtieri, “mis fuerzas reclamaban trabajos con hierro y acero”.²

Estuvo buscando por muchos rubros hasta que le ofrecieron un empleo de herrero, “donde se sentía dichoso.” “Mi gloria estaba en mi fuerza y en los recios mazazos dados al cabo del día”.³ Un tiempo después el entrenador José “Pepe” Martínez, a cargo del Internacional Boxing Club, uno de los primeros clubes de la ciudad de Buenos Aires, lo descubrió en un encuentro de lucha y le ofreció entrenarlo gratis. En ese momento fue feliz, relata Galtieri, porque ser boxeador “era su ensueño”.⁴

La trayectoria laboral de Galtieri -y su relato sobre ella- pueden servir para pensar dos de las cuestiones centrales que me interesa discutir en este artículo: la posibilidad de entender al boxeo como un trabajo y también como un territorio construido sobre una masculinidad obrera y juvenil, porque ¿qué era un boxeador sino un hombre joven, de clase obrera, recio y fuerte?

Galtieri fue un trabajador que se movió por la ciudad, y también por algunas provincias, buscando formas de supervivencia que incluían estrategias laborales cruzadas por el género y el uso deseado del cuerpo. Como plantean Schettini y Galeano (2019), la

¹ *El Gráfico*, 26 de julio de 1924 y 12 de mayo de 1927.

² Luis Galtieri tenía un récord de 42 peleas. 28 ganadas, 17 por KO; 11 perdidas, 4 por KO y 2 empates. Debutó en junio de 1919 con 18 años y realizó su última pelea en junio de 1929, tras perder tres peleas seguidas por KO.

³ *El Gráfico*, 26 de julio de 1924.

⁴ *El Gráfico*, 25 de junio de 1927.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



historiografía aborda muchas veces de manera autónoma o por separado los cruces vitales de las personas, pero para estos hombres jóvenes su trayectoria laboral y sus sueños eran parte de una misma experiencia vital, la de ganarse la vida entrenando o ganarse la vida para entrenar, entregando su cuerpo como bien de cambio y deseando llegar lejos en la escala del éxito pugilístico. En ese cruce, este trabajo busca reflexionar sobre las posibilidades de pensar al boxeo como una forma de supervivencia, como un trabajo pago, como un oficio con sus calificaciones, su aprendizaje y vincularlo también con el género, el dinero y los usos del cuerpo y el tiempo para sí.

Es por eso que situamos el artículo en los inicios del boxeo como práctica institucionalizada y federada, como espectáculo y como un uso posible del tiempo libre para los trabajadores. Y en ese escenario, también como una posibilidad de trabajo para muchos hombres. En este sentido, los años veinte y los primeros treinta estuvieron signados por la impronta casi heroica de las peleas de Luis Ángel Firpo y Justo Suárez. Estos combates y sus repercusiones alimentaron la idea de que existían posibilidades de éxito en el mundo de los golpes para cualquiera que estuviera dispuesto a convivir con sus consecuencias. Pero el boxeo no solo se tejía con esos hombres que se golpeaban, sino que también formaban parte de sus sentidos las nuevas pasiones que se generaban y que involucraban al público. Es aquí donde puedo señalar que quizás las narrativas sobre el deporte me permiten pensar cuestiones más amplias de esa sociedad porteña que se transformaba durante la entreguerras y sobre las experiencias de sus habitantes ¿Quiénes eran esos boxeadores? ¿Cómo construían su carrera y su profesión? ¿Qué deseaban? ¿Quiénes los seguían? Quizás muchas de estas preguntas no puedan ser resueltas, pero empezar a pensarlas me permiten acercarme a la sociedad porteña de la primera mitad del siglo XX desde los márgenes y sus sueños y deseos.

El boxeo como territorio en construcción

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX la posibilidad del tiempo libre se fue convirtiendo en una realidad para los trabajadores de Buenos Aires. La ciudad crecía al vertiginoso ritmo de la inmigración que la poblaba y la transformaba en un espacio cosmopolita, en un “espacio global” [Archetti 2016; Palla 2019]. Muchas de esas conexiones culturales tomaban forma en los barrios, donde se perfilaban identidades y se forjaban vínculos sociales y políticos. Y fue también allí donde comenzaron a aparecer los espacios que permitieron las prácticas físicas populares [Arnoux Narvaja 2018;

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



Gorelik 1996; Frydemberg 2011]. En ese proceso, y aunque desde 1892 la acción pública del combate rentado estaba prohibida en Buenos Aires, la práctica del pugilismo se estaba instalando con fuerza.⁵ En la mayoría de los casos la prohibición estaba asociada a la necesidad de impedir diversiones populares que facilitarían la reyerta o cualquier otra acción de conflicto social en una urbe que estaba creciendo aceleradamente. Durante el período 1890-1902 la ciudad de Buenos Aires fue redefiniendo las pautas de legalidad admitidas en el ámbito urbano, estableciendo un orden de prácticas permitidas [Cecchi 2012]. Se prohibieron las riñas de gallos, las corridas de toros y el juego. En ese tándem también se incorporó el pugilismo, entendiendo que toda forma de violencia, incluso aquella regulada o reglamentada, debía desaparecer de los espacios públicos. Este modelo de control también apuntaba a despojar a los trabajadores de algunos consumos de ocio y también orientarlos hacia actividades “saludables” y deportivas, entre las cuales no estaba el boxeo.

A pesar de estas interdicciones, su práctica crecía tanto que en 1924 la revista especializada *Punch* comentaba con asombro que todos los días se fundaba un club de boxeo.⁶ En paralelo el mundo del teatro popular incorporaba a boxeadores a sus temáticas y a sus obras a través de sainetes como “El Campeón de box” (1921) donde participó el mismo Firpo, o el “KO del campeón” (1922).

En sus inicios los combates se desarrollaban entre marineros, en clubes cerrados o mayormente como parte de las paradigmáticas expresiones del ocio de la élite porteña, donde la práctica de deportes, especialmente ingleses, constituía un repertorio fundamental de su distinción como grupo social [Losada 2009].⁷ Estos *sportmen* fueron dando a la práctica un tono lúdico, viril y recreativo, pero también destacaron la importancia de la cultura física, donde entendían que la prohibición tenía que ver con que “Los baños de sol, la higiene fisiológica, el estímulo de la virilidad, no habían sido todavía comprendidos en la gran aldea”, como afirmaba César Viale, primer presidente de la Federación Argentina de Box (FAB), en *La Nación*.⁸

⁵ El boxeo por dinero también estaba prohibido en otras ciudades del país como Rosario y Paraná.

⁶ *Punch*, 23 de diciembre de 1923, p. 12

⁷ Parte de esa arqueología puede verse en los nombres de los primeros clubes deportivos, todos ellos escritos en inglés. River Plate Rowing Club, Buenos Aires Rowing Club, Buenos Aires Lawn Tennis Club, Jockey Club, Athletic Club Lomas, Boxing Club de Buenos Aires.

⁸ “El boxeo entre nosotros”, en *La Nación*, 09 de abril de 1920.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



Un gran número de hombres porteños seguramente no tenía tiempo para dedicarse a los baños de sol, pero en ese cruce entre virilidad y deporte, algunos de ellos si comenzaron a soñar con convertir el pugilismo en una forma de vida. A partir de esta posibilidad el boxeo fue adquiriendo un nuevo sentido, que ya no tenía que ver con una práctica de distinción social en términos de clase, sino con un trabajo deseado por los trabajadores, como una forma de ascender socialmente, adquirir algún prestigio o como una manera de ganarse la vida.

En este recorrido se inscriben numerosas tensiones que pueden servir para pensar los sentidos sociales del boxeo y también, por qué no, reflexionar sobre el significado de esa profesión en el mundo de los hombres jóvenes de la ciudad. En esa tensión, la discusión entre lo amateur y lo profesional aparece como un horizonte posible para pensar las inquietudes de clase inscriptas en los usos del tiempo libre y la posibilidad de construir una profesión en el deporte. Pero esta discusión sobre un deporte considerado brutal, también está atravesada por todo un complejo entramado de miradas sobre el deber ser de los trabajadores, la construcción del gusto obrero y los pasatiempos saludables, así como también sobre cuáles deben ser las virtudes masculinas y los usos tolerados del cuerpo.

Aunque el boxeo no ha tenido mucha repercusión como tema de investigación en el país, si ha sido un tema de amplia cobertura periodística a través de libros, prensa comercial y revistas especializadas que narraban peleas, investigaban sobre biografías y hacían hincapié en la épica de los combates. En ese sentido, el boxeo se construyó y se alimentó de esa tradición que dio forma a todo un linaje de héroes populares. Muchos boxeadores se fueron convirtiendo en poderosos símbolos de cultura e identidad nacional. Sin embargo, la academia tardíamente ha comenzado a incursionar en el tema acercándose a la discusión internacional que aborda principalmente los asuntos de violencia, las masculinidades, las identidades nacionales, las minorías racializadas, etc. Asimismo, nuevas investigaciones han comenzado a trabajar sobre aspectos como el dinero, el estatus o las representaciones estéticas del boxeo en la literatura y el cine. De alguna manera estas nuevas preguntas se asientan sobre la idea de que el boxeo es un espectáculo visual, pero también es un aspecto sintomático de la cultura, donde se cruzan miradas sobre lo moral, lo comercial y lo social [Scott 2015; Shening 2017].



Por otro lado, el interés historiográfico por los asuntos vinculados al tiempo libre, el esparcimiento, el ocio y la recreación popular también aparece con un dejo de novedad, en tanto la pregunta de los y las investigadoras por los usos de los tiempos de las clases trabajadoras es bastante reciente en la Argentina. A medida que los procesos de lucha y organización fueron reduciendo la jornada laboral y garantizando formalmente su limitación, el tiempo libre o el tiempo para sí devino en un objeto de disputa, de negociación y autoafirmación, según el caso. Pero también fue la ocasión de crear nuevos espacios de consumo y de esparcimiento, así como también nuevos gustos y deseos, acordes con una sociedad que de manera lenta parecía ordenarse en torno al salario. La calle, los teatros, los cines, los jardines públicos, los clubes, los bares o las Casas del Pueblo, testimonian los nuevos espacios de circulación y con ellos las coacciones del poder sobre las clases populares o su contracara, los empeños de autonomía cultural de estas últimas [Stedman Jones 2014; Herrera Adasme 2015; González Velazco 2012]. En esa dirección, lo que sí aparece muy claramente es que la lucha contra los “malos placeres” asociados al ocio fue eje de las agendas estatales tendientes a perfilar usos “productivos” y “sanos” del tiempo de no trabajo. Y fue justamente en esas tensiones donde el boxeo apareció como problema en el escenario de la ciudad de Buenos Aires, que a medida que creaba su espacio público, su “plein air”, y ampliaba las opciones para el uso del tiempo libre, también buscaba amoldarse a una promesa de modernidad donde el boxeo no parecía encajar del todo [Archetti 2016; Sarlo 1988].

Pero lo cierto es que muchos clubes ofrecían la práctica del boxeo porque la gente peleaba, y no solo los hombres, porque en los tempranos años del siglo XX también las mujeres se ponían guantes. El boxeo era un espacio de sostén [Palla 2019], de recreación [Estol 1946; Viale 1922] y de solución de conflictos [Scott 2017]. Y con esto resultaba más sencillo convivir que con su faceta pública y rentada, donde las autoridades destacaban el peligro de su popularización y la posibilidad de que esa violencia contenida resulte material de emulación fuera del ring. Argumentando el carácter “sedicioso” asignado a las peleas, lo planteaban como una preocupación frente a la posibilidad de tumultos, asambleas ilegales o alborotos [Anderson 2005].

En ese espacio urbano en crecimiento, la prohibición del boxeo era leída como un mecanismo regulador de las pasiones. Parte de la batalla contra “las pasiones” se libró en el Concejo Deliberante de la ciudad durante los primeros años veinte. Allí todas las



miradas sobre el deporte de los puños cobraron forma visible. La posición mayoritaria respecto al boxeo, pero especialmente al boxeo rentado, sostenía que las peleas eran “actos de incultura”, comparables con la prostitución. Los concejales socialistas llegaron a denunciar “intentos de injertar el boxeo” en el país, a pesar de que muchos espectáculos de boxeo eran masivos y la pelea de Luis Ángel Firpo y Jim Tracey, realizada con permiso especial, había convocado a cerca de 60 mil personas.⁹ Otros concejales explicaban que este deporte “fomenta la incultura de los sentimientos” y la fuerza bruta, que los ediles contrastaban con la necesidad de fomentar la cultura moral e intelectual.¹⁰ Algunos otros decían acordar con el ejercicio físico, pero argumentaban que no debía permitirse “el espectáculo del KO”. Fuera del Concejo, pero en esa misma dirección, organizaciones como el Partido Socialista, sindicatos de orientación *sindicalista* y en el otro extremo el diario *La Prensa* o La Liga Patriótica, que utilizaba boxeadores para sus grupos de asalto, colocaban al “auge del box” como una “actividad nociva” que debía impedirse, igual que “las carreras, las quinielas, la pornografía y la corrupción” [Moscatelli 2002], por ser “propia de bestias capaces de asesinar a otro con sus puños”.¹¹

Es cierto que la imagen de dos hombres casi desnudos golpeándose y generando sensaciones de excitación y emoción en un público que pagaba por verlos era difícil de vincular con el buen gusto de la época, que todavía escuchaba de lejos las angustias que la posguerra trataba de curar. Pero el sentido último de las discusiones giraba en torno a la mercantilización del cuerpo y la espectacularización de la violencia masculina. Esto se acompañaba de varias discusiones sobre la brutalidad (que todavía siguen vigentes), porque de alguna manera el boxeo es una actividad que demandaba cierto “ojo entrenado” para encontrar los significados de una pelea. Era muy difícil defender el virtuosismo de los movimientos y la belleza de un combate con las tapas de los diarios y de las revistas especializadas protagonizadas por fotos de hombres inconscientes sobre la lona de un ring. Ciertamente no ayudaban a soliviantar la angustia social por sostener cierta complicidad con la violencia. Quizás en Europa la mano de obra desempleada que había dejado la desmovilización de ejércitos, acrecentaba el boxeo como ocupación posible.

⁹ Diario de Sesiones, Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, 24 de octubre de 1922, p. 2162.

¹⁰ Diario de Sesiones, Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, 24 de octubre de 1922, p. 2163.

¹¹ “El matador de Sánchez”, en *Bandera Proletaria*, 11 de mayo de 1929, p.1

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



Pero en Argentina los cuerpos masculinos parecían necesitarse para trabajar en bienes y servicios.

Sin embargo, luego de un trabajo arduo de la FAB y de ciertos consensos que incluyeron firmas y pedidos de boxeadores, autoridades y también de la prensa y luego de la histórica pelea de Firpo y Dempsey en Nueva York que paralizó al país; a fines de 1923 se consiguió el número de votos necesarios para derogar la ordenanza.¹²

Los defensores del boxeo, sobre todo frente a las corrientes prohibicionistas, hacían hincapié en la idea, quizás poco probada, de que el uso controlado de la violencia a través del pugilismo permitiría soliviantar la criminalidad “de revolver y puñal” en la ciudad. Su práctica, señalaba Luis Viale [1950:90], encuadraba a los ciudadanos en una “conducta de hombría caballeresca” que les hacía “concebir el ideal de que las disputas de orden corriente por un quítame esas pajas que se suscitan en el seno de las masas, terminasen, no en sangrientos encuentros a cuchillo o daga, sino en las vías de hecho sin mayores consecuencias que ocasionan un ojo violeta, una mandíbula resentida o un diafragma magullado”. La idea propuesta por Viale [1950:90], que proyectaba también a los fundadores de la FAB, tenía un contenido de “educación popular” y, participando de la disputa por el tiempo libre de los trabajadores [Ullivarri 2020], entendían que el esfuerzo puesto en el entrenamiento los mantendría “alejados de vicios tan antisociales y propensos a generalizarse como lo son el alcohol, los alcaloides y sus derivados.”

Había un profundo cariz moral atrás de estas ideas, que no era exclusivo del país, porque la apología de las dádivas morales del boxeo circuló en todas las argumentaciones de la época. El propio Viale [1922:108] subrayaba en una carta enviada al Concejo Deliberante de la ciudad que “Dentro del ring el carácter se educa, el cuerpo se fortifica, el hombre se disciplina y el caballero se destaca.” Frente a la acusación de brutalidad, el boxeo se presentó a sí mismo como una promesa de hombres viriles, sanos y vigorosos. Pero esta idea de una masculinidad llena de virtudes y certezas caballerescas se corroía frente a un escenario de democratización política, ampliación ciudadana y crecimiento de la sociedad

¹² Parte de las discusiones fueron impulsadas por la FAB, que se fundó en 1920 en la sede del Club Universitario. En la FAB estaban representados los clubes más importantes y su comisión directiva tenía cierta urgencia por lograr que se permitiera la práctica de los puños en la ciudad de Buenos Aires. De esa reunión salió la Comisión Directiva y el primer Reglamento de Box para aficionados. Estaban presentes representantes del Jockey Club, Club del Progreso, Club Universitario, Saavedra Boxing Club, GEBA, Boxing Club de Buenos Aires, Hue Gen Club, Club Policial de Cultura Física, Círculo Militar, Centro Naval, Círculo de la Prensa, Urquiza Boxing Club, Flores Boxing Club, Círculo de Belgrano, Nacional Sport Club y el Club Sportivo Barracas. *La Nación*, 20 de enero de 1920, *Crítica*, 23 de enero de 1920.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



de masas, y se visibilizaba en los gimnasios con más incertidumbres y menos refinamiento que el que Viale insistía en defender.

La construcción de un trabajo y de un teatro

Existe un vínculo muy íntimo entre el boxeo y el dinero. Desde épocas tempranas el boxeo, la riña de gallos y el turf estuvieron asociados a las apuestas. Asimismo, la clandestinidad, los bajos fondos y la aparición del dinero a cambio del uso del cuerpo disparaban analogías con la prostitución, donde el bien de cambio era siempre el cuerpo y este era usado para el entretenimiento de otros y sus ganancias divididas entre muchas personas [Sugden 1996] o también era pensado como un fetiche voyeurista [Scott 2017] sobre la ira masculina.

Sin embargo, en otro extremo, el boxeo era un deporte reconocido y disfrutado por sus practicantes, tenía representación y logros internacionales entre los que se incluyen las primeras medallas olímpicas para el país en los Juegos de París de 1924. Estas dos caras del mismo fenómeno permiten sospechar que la forma en la que la sociedad porteña había elegido discutir el boxeo públicamente revelaba las ansiedades de una ciudad que se transformaba y se regulaba y, con ella, las prácticas corporales y extralaborales de los nuevos sectores que se incorporaban a los espacios públicos. Así, a pesar de que se pensaba que la existencia ordenadora de la gimnasia y de los deportes “restringía el espacio al imperio de los desvíos,” había usos del cuerpo cuya posibilidad estaba en discusión [Barrancos 2014].

Una vez levantada la prohibición, la tensión entre dinero y pedagogía, que había atravesado todo el entramado de justificaciones a la práctica, se definió por la más tentadora y el interés monetario del boxeo comenzó a desplazar al pedagógico y moral. Parte de ese armado tomó forma en la Comisión Municipal de Boxeo (CMB) que se fundó para regular la práctica rentada en la ciudad y controlar el pago de los impuestos y los flujos monetarios de la actividad. La posibilidad del boxeo como un negocio ya había quedado demostrada plenamente en la realización de la pelea entre Firpo y Tracey en octubre de 1922 en el club Sportivo Barracas. Pero luego fue el Luna Park la empresa que mejor interpretó la articulación entre negocio y deporte a partir de una alianza muy



estrecha entre sus dueños y la CMB.¹³ Bajo el nombre Asociación Nacional Buenos Aires (ANBA) primero y luego Pace & Lecture, esta empresa se encargaba de organizar la mayoría de las peleas que se desarrollaban en la ciudad de Buenos Aires. De esta forma fue armando un cuasi monopolio del espectáculo porteño y manejando la carrera y la suerte de muchos boxeadores.

Por otro lado, el levantamiento de la prohibición permitió un mejor registro de los números del boxeo. Entre los años 1921 y 1923 aparecieron en la prensa 73 festivales grandes en clubes de la ciudad. Es indudable que frente a la clandestinidad, existían otros espacios sin difusión. Pero a partir de la derogación de la ordenanza, en los tres primeros meses de reglamentación (enero a marzo de 1924) se registraron 170 festivales en clubes, estadios y teatros con un promedio sostenido de 60 festivales por mes.¹⁴ El crecimiento del boxeo como negocio también puede verse en algunas entrevistas a promotores que, como Fernando Campanella, comentaban que peleas que en 1918 valían 120 pesos, en 1923 ya valían 4000 pesos.

El boxeo abrió entonces oportunidades económicas que demandaban de una fuerza laboral disponible. Todas las peleas, desde las estelares de fondo hasta las preliminares, implicaban una estructura sostenida por trabajadores con cierta capacitación: boxeadores, entrenadores, managers, masajistas, médicos, árbitros, jueces, etc. En ese sentido, la institucionalización a través de la FAB y la legalización de su práctica rentada permitieron el registro de los boxeadores y también de todo el personal auxiliar. Entre 1925 y 1939 se

¹³ En la ciudad la Comisión se encargaba de controlar la salud de los boxeadores, someterlos a pruebas de suficiencia en caso de ser necesario y también controlar sus antecedentes policiales para "depurar el medio pugilístico de elementos no deseables." Por otro lado, la Comisión también pesaba a los boxeadores antes de las peleas y pesaba, asimismo, los guantes que eran enviados en bolsas precintadas al lugar del combate. Controlaba los contratos y garantizaba la igualdad de condiciones en cada match. También tenía la atribución de entregar las licencias a boxeadores, managers, segundos, jueces, clubs, promotores, etc. Las licencias tenían un costo: \$1000 para promotores y para locales, \$100 para representantes, \$50 para pugilistas, referís y jueces profesionales y \$25 para segundos y masajistas. Con esa facultad fiscalizadora y punitiva, se convertía en una instancia política fundamental, en tanto en términos de boxeo profesional sus facultades estaban por encima de las de la FAB en el ámbito de la ciudad. La participación del estado en espectáculos deportivos era una forma de poner sobre el tapete la necesidad de garantizar las regulaciones. Pero también de garantizar ingresos municipales. Muchos de esos impuestos eran costosos para las organizaciones deportivas y también para los deportistas, ya que en algunos casos llegaron a ser del 30% de la bolsa o las ganancias. Este asunto fue muy discutido porque el financiamiento del boxeo dependía fundamentalmente de los espectadores. Por eso, cuando todavía regía la prohibición de los eventos, se realizaban pequeños espectáculos, muchos de los cuales no alcanzaban para cubrir grandes bolsas y le quitaban liquidez a la actividad. Versión taquigráfica, Diario de Sesiones Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 28 de diciembre de 1923, p. 3246 y Actas de la Comisión Municipal de Box, Tomo 1. 6 de febrero de 1924. Archivo CeDirH y El Gráfico, 06 de diciembre de 1924.

¹⁴ Registro de festivales. Actas del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, marzo de 1924.

María Ullivarri "Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



entregaron 9053 licencias amateurs. Y aunque el registro de los púgiles habla de su popularidad, también lo hace el número de inscriptos al campeonato de novicios en 1924, donde se presentaron 800 púgiles.¹⁵ En el campo rentando, en el mismo período se firmaron 838 licencias profesionales otorgadas por la CMB.¹⁶ El registro en la Comisión, al igual que el de la FAB, contempla solo los púgiles que combatían en la ciudad y sirve para pensar la brecha entre deporte aficionado y profesional.

Aunque la actividad crecía, hasta 1923 muchos de los boxeadores de la ciudad ni se imaginaban siendo profesionales. En varios reportajes estos púgiles comentaban que de pasar al profesionalismo, en la medida en que regía la prohibición, dejarían de pelear con la frecuencia con la que lo realizaban siendo amateurs y deberían buscar otros caminos para conseguir peleas. Sin embargo, a partir de 1924 la posibilidad de profesionalizarse se volvió más tentadora. A pesar de que los números de registro muestran que solo unos pocos podían acceder al boxeo como un trabajo o como una práctica que complementara sus ingresos, el aumento de los festivales muestra otra realidad.

En esa contradicción aparecen algunas dificultades de un campo en formación, donde muchos empezaron a quedar afuera del registro oficial de la municipalidad, mientras que por otro lado, muchos boxeadores eran trabajadores golondrina que circulaban por el país y el continente buscando oportunidades laborales. Porque una de las primeras dificultades de un “aficionado del montón” era conseguir peleas como profesional, ya que pagar los cincuenta pesos de la licencia era solo el primer escollo, en tanto estar federado no garantizaba peleas. Luego había que conseguir rivales y comenzar “la vía crucis áspera, llena de decepciones, las interminables esperas y las desconcertantes promesas que nunca se cumplen”, porque “En ninguna escala jerárquica cuesta tanto ascender como en la escala del ring”, decía *El Gráfico*.¹⁷

Para los aficionados con proyección o “con cartel”, especialmente internacional, las ofertas eran mayores. Incluso algunos boxeadores eran tentados para pelear afuera y ganar dólares, pero como contrapartida, denunciaba el medallista olímpico Héctor Méndez,

¹⁵ “El 1 de febrero se iniciará el campeonato de novicios del Río de la Plata”, *Punch*, 11 de enero de 1924, p.12. Esta cantidad desbordaba las expectativas, pero por ejemplo en el campeonato provincial de Santa Fe se presentaron 80 boxeadores.

¹⁶ Cuadernos de licencias amateurs 1925-1939. Archivo de la Federación Argentina de Box. El boxeo es un deporte muy reglamentado porque el sentido último consiste en el registro de un récord que permite dar forma a equivalencias y valores. El boxeo como deporte necesita de una licencia que registre el pedigríe del boxeador.

¹⁷ *El Gráfico*, 27 de febrero de 1927.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



tenían que ganar por KO en el extranjero para poder aspirar a hacer una carrera y, en ese terreno tenían, además, poco control sobre la elección de rivales. Asimismo, otra de las dificultades tenía que ver con poder conseguir el tiempo necesario para entrenar. En un reportaje el boxeador Emilio Battilana comentó “Hace dos años y medio me emberretiné por ser boxeador [...] Pero cómo aprender si mi trabajo no me lo permitía; tenía que ir desde las 11 de la noche hasta las 12 del día a trabajar de panadero, que es un desgaste completo de energías.”¹⁸ Sin tiempo ni resto físico era muy difícil planificar un entrenamiento profesional.

¿En estas condiciones, podemos pensar el boxeo como un trabajo? Para la mayoría de los púgiles el tiempo de entrenamiento y competencia estaba determinado por el tiempo de trabajo en otra rama de actividad y algunos, además, tenían obligaciones familiares, como el campeón sudamericano González Pardo, quien solía comentar que debía cuidar a sus padres enfermos. Por eso eran muy pocos quienes podían sostener el equilibrio entre tiempo de trabajo y tiempo de entrenamiento y soportar el sacrificio asociado a sus deseos, muchos menos aún eran quienes podían exclusivamente vivir de boxear.

En las revistas podían leerse relatos sobre “cuán dura y trabajosa es, en su ascenso, la cuesta que lleva en el box a las altas consagraciones.” En esa dirección, la trayectoria vital de los boxeadores aparecía para mostrar el costado duro del trabajo. “Fue necesaria la revelación de Luis Angel Firpo para que todos se interiorizaran de lo doloroso y árido que es un entrenamiento intenso, de lo fácil de una derrota accidental, de los mil y un detalles, en fin, que están pendiendo de un cabello.”¹⁹ La incertidumbre del trabajo incluía también la factibilidad de que un golpe provoque problemas serios a nivel físico e incluso exponía a estos hombres a la muerte.

La imagen del boxeo está construida sobre la idea de que los boxeadores son hombres heridos y explotados como un efecto secundario del negocio. Sin embargo, es justo esa idea la que da forma al espectáculo y la que de alguna manera otorga valor a algunas peleas. Al mismo tiempo es esa cuestión la que le da al boxeo un tono incómodo e impredecible y, quizás por eso, también irresistible.

Aprender a sobrevivir arriba de un ring era un proceso largo y complejo. La riña y la violencia constituían dos de las imágenes morales más fuertes sobre el boxeo. Sin

¹⁸ *Punch*, 18 de abril de 1924.

¹⁹ *Punch*, 2 de noviembre de 1923

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



embargo, eran necesarios muchos años de preparación para enfrentar un combate, porque el deporte requiere el manejo de un conjunto de habilidades corporales y mentales muy sofisticadas. El boxeo es un enfrentamiento de estrategia que por su complejidad requiere de fuerza física, inteligencia táctica, habilidad técnica, que muchos llamaban “científica” y una estructura emocional entrenada para trabajar el arte de atravesar el miedo y el dolor. En ese escenario también se deben descifrar las herramientas del contrincante y adaptar las propias a ese enfrentamiento planteado. [Wacquant 2002; Cuggia 1952].

La experiencia carnal del combate es muy difícil de describir, pero a través de los relatos que muchos boxeadores hicieron de su arte en reportajes o en biografías, podemos acercarnos a las formas en las que aprendieron y experimentaron su profesión. Allí aparecen las trayectorias particulares y las maneras en las que se construyó un boxeador que, aunque tiene tintes personales, también sostiene patrones en común. Las biografías de Justo Suárez cuentan que se inició con sus hermanos en el barrio de Mataderos probando golpes en un ring con piso de tierra. Entre juegos y pelea lo llevaron a probarse “al centro”. Empezó a boxear a los 15 años, fue campeón argentino y a los 19 debutó como profesional [Furfaro 1988]. Firpo, por su parte, cuenta en su biografía que fue obligado a asociarse a un club de boxeo por su patrón, quien quería quedar bien con uno de los miembros de la comisión directiva. Le regaló la cuota para ir al Internacional Boxing Club. A los 22 años comenzó a entrenar y a los 23 debutó como profesional. Galtieri relata algo similar, pero a él le fue ofrecida la posibilidad de entrenar. Mientras que Suárez tuvo cuatro años de carrera amateur, los dos últimos fueron subidos al ring muy pronto. A Firpo lo “probaron” apenas llegó al gimnasio y sintió una enorme felicidad al golpear y también al ser golpeado. Galtieri tuvo que esperar un poco más, pero comentaba que esa ansiedad por demostrar su valor lo acompañó los primeros tiempos del entrenamiento. Finalmente, sin sparrings, Gustavo Leneve, campeón argentino, le pidió ayuda.

Así fue que nos calzamos los guantes y trompada va, trompada viene, hicimos tres rounds, al final de los cuales, yo estaba mormoso, desfigurado y con tanta rabia acumulada que me apresuré a pedirle que no fuera a faltar al día siguiente. Por cierto que el francés cumplió su palabra, y más entusiasmado que la víspera por mi dureza, ya que sus golpes me rompían sin conmovirme, volvió a propinarme una soberana paliza, una de esas sobas que hacen época en la vida de un boxeador.²⁰

²⁰ El Gráfico, 25 de junio de 1927.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



Esa “prueba” era parte de un rito de pasaje que desplegaba, en un espacio social específico, los atributos masculinos deseados para conseguir un lugar en el gimnasio o en el club, en un principio, y en el mundo de los combates, luego. Una buena prueba era una demostración de fuerza, valor y virilidad y transformaba a un aspirante en un luchador. Era un mito de origen que muchos púgiles supieron explotar, porque el sacrificio, el “corazón” y el dolor eran sentidos que todos podían imaginar y asociar con valores sociales ponderados entre los trabajadores.

Los relatos biográficos también servían para reforzar el componente de heroicidad del boxeador. En este sentido, Roldán [2009] explica que estas narraciones, de las cuales la de Firpo era la más poderosa, muestran que a pesar de las dificultades un “peleador” sin virtuosismos plásticos ni destreza técnica, o por lo menos no completamente depurada, pero con voluntad y ganas de subir al ring a derrotar al adversario a fuerza de golpes, podía alcanzar algún éxito [Estol 1946:58]. Estas narrativas se presentaban como ejemplos de un valor esencial e inalterable, que son las condiciones de posibilidad del éxito de personajes que tenían un sinfín de adversidades [Roldán 2009].

Y junto con la heroicidad, también se generaba una suerte de ilusión a partir de la democratización de las oportunidades, porque ese camino se sostenía sobre un “capital corporal” cuya distribución, como señala Wacquant [2007], era relativamente independiente de otras formas de poder que circulaban en la sociedad y de las cuales muchos sectores sociales fueron históricamente excluidos. A cambio de ello, los boxeadores aprendían muy temprano que, si querían lograr algo en ese negocio varonil, debían obedecer una ética ocupacional sostenida sobre la idea del sacrificio, que en la mayoría de los casos se transmitía informalmente en los clubes.

Aunque difícil para muchos, la posibilidad del profesionalismo y sus consecuencias dieron al boxeo un nuevo sentido. Pasó de ser un símbolo de distinción social en términos de clase, a pensarse como un trabajo deseado por los trabajadores, en términos de prestigio y ascenso social. Este proceso fue mucho más claro en el caso del fútbol, pero puede verse también en las letanías sobre el boxeo [Servera 2017; Reyna 2015]. Y esto tenía algo de sentido porque en el cambio de década, la expansión del boxeo necesariamente se acompañó de un crecimiento de la oferta de peleadores y lo convirtió en un trabajo de clase obrera, un medio para ganarse la vida o para mejorar los ingresos entregando un bien tangible, su cuerpo y sus habilidades.



Fue durante los veinte cuando el boxeo comenzó a anclar entre los proletarios de la ciudad. El mediano Luis Galtieri, como ya comentamos, relataba que tuvo diversos oficios, fue sastre, encuadernador, cosechero en Trenque Lauquen, hojalatero, albañil, leñador, herrero y pintor; el boxeador Fernando Villalba fue lustrabotas, Abelardo Hevia trabajó como mucamo en la casa de una familia que lo adoptó, Gustavo Leneve fue mecánico de automóviles, Joe Walls fue obrero fideero, Claudio Sáez fue dependiente de una librería, Vicente Olivieri fue albañil, Abel Adán fue peluquero, Augusto Viotti mecánico, Vicente Ostuni y Justo Suárez trabajaron en un matadero, Emilio Battilana fue panadero, etc.²¹

Con el boxeo a algunos les fue bien. Galtieri declaró un sueldo de 60 pesos en su primer trabajo y llegó a ganar 100 mil pesos en sus peleas que, no obstante, cuenta que “se comieron los burros”. Por su parte, Ostuni ganó más de sesenta mil pesos en menos de cinco años. Para ganar ese monto con su trabajo en el matadero hubiera necesitado más de quince años. Pero este horizonte de aspiraciones sin embargo no era para todos. Para el conjunto más amplio de boxeadores, mucho más para los pesos más bajos con menos posibilidad de noquear, esta profesión era de mucho sacrificio y poca recompensa, porque sus bolsas, en la mayoría de los casos, no superaban los 100 pesos.

Asimismo, en el boxeo hay otro aspecto menos espectacular, pero igual de importante, y es que parte de las peleas se llevan a cabo discutiendo el contrato y, como señala Estol [1946:93] “muchas veces poner una firma al pie de un documento equivale a un verdadero KO, a favor o en contra, según haya sido la batalla.” Estos aprendizajes necesitaban de un equipo técnico con el que no todos los boxeadores contaban, pero que permite entender la complejidad de un negocio que funcionaba como un sistema económico complejo, estratificado en categorías de trabajadores y a medio camino entre el espectáculo y el deporte.

Héroes, masculinidades y usos del cuerpo

Hay algo de la brutalidad del boxeo que obligaba a pensarlo solo dentro de la lógica interna que lo regulaba y de las posibilidades sociales que los contextos de vulnerabilidad económica les ofrecían a sus actores. El boxeo pondera el sufrimiento y el constante

²¹ *El Gráfico* 6 de septiembre de 1924, 4 de junio de 1927, 27 de febrero de 1927; *Punch*, 18 de abril de 1924.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



coqueteo con la muerte. Ambos aspectos volvían quizás poco atractivo convertirse en un trabajador del boxeo. Sin embargo, sus aspirantes sabían que las recompensas por lograrlo no solo eran económicas porque el boxeo encerraba metáforas que solían ser utilizadas para pensar las dinámicas sociales. Muchas veces los resultados de las peleas trascendían el espacio del cuadrilátero y adquirían dimensiones simbólicas especiales.²² En ese sentido, Luis Angel Firpo encarnaba en sus peleas frente a los extranjeros parte del ideario de una nación fuerte. “Los puños de la nación” no era un sobrenombre ingenuo, porque como señalan Archetti [2016] y Alabarces [2008], los deportes funcionan como “juegos patrióticos”. Esta idea era utilizada por el propio púgil que sabía manejar el sentido de la oportunidad. Antes de su pelea con Willard en Estados Unidos declaró “el dinero, no es todo. Cuando peleo siempre pienso en mi patria y llevo los colores azul y blanco de la Argentina en las ataduras de mis muñecas.”²³

Como dijimos previamente, algo de la configuración social de fuerza y virilidad daba al boxeador un tinte de héroe popular que también reproducían con gusto las revistas deportivas. Esto era muy claro en el caso del mismo Firpo a quien nunca se lo consideró un boxeador depurado, pero llegó a ser casi un prócer; pero sirve en menor medida también para pensar a otros boxeadores como el mismo Luis Galtieri, Justo Suárez, Vicente Ostuni. Y por eso mismo, otra arista del boxeo y sus pasiones estaba asociada a la construcción de héroes con “escasas virtudes”, o por lo menos con virtudes socialmente poco valoradas. No solo era la exaltación de las destrezas corporales, sino también “de las habilidades y de las argucias populares, que eran valores habitualmente subestimados por las culturas dominantes” [Aisenberg 2009: 315]. Eran precisamente esas virtudes puestas en juego las que convertían al pugilismo en un mundo de masculinidades contendientes y admiradas. El enfrentamiento hombre a hombre y las formas adecuadas de realizarlo reflejaban un universo de valores ponderados y excluía a todos los que consideraban ajenos al gremio.

A medida que el boxeo se institucionalizó, las primeras expulsadas fueron las mujeres, a quienes la FAB les prohibió boxear en 1923. Sostenido sobre la bravura, las imágenes

²² Algo de eso puede verse en los deseos de desbancar a los campeones mundiales negros en los primeros años del siglo XX esperando por la “great white hope” que terminara con el reinado de los afroamericanos [Roberts 2011]. También está claro en la pelea entre Joe Louis y Max Schmelling en 1936, que se presentaba como una disputa entre el régimen nazi y los americanos. Pero además, para los afroamericanos también adquirió connotaciones de disputa antirracista [Junghanns 2015].

²³ “Previa al entrenamiento de Firpo y Willard”, *La Capital* 11 de julio de 1923, citado por Roldán [2009].
María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



vinculadas con la debilidad no tenían lugar sobre el ring. Pero las ideas sobre hombría y masculinidad son en sí mismas nociones móviles y fluidas. Pensar un Buenos Aires donde la inmigración construía nuevos barrios y nuevos paisajes y donde la ampliación democrática permitía nuevos horizontes para los hombres, nos pone difícil la tarea de delimitar una idea de masculinidad rígida. Esa aldea global transformaba los comportamientos debidos y aparecían formas de ser hombre que comenzaban a estar más ligadas al trabajo, al tiempo que las movilidades sociales permitían pensar nuevos escenarios morales y de comportamiento ¿No era acaso Firpo un ejemplo de esas trayectorias? En los años veinte boxeadores como él se convirtieron en héroes nacionales que pasaron de un modesto pasar a frecuentar los clubes de la elite y poseer grandes extensiones de tierra.

Estos cruces de clase dejaban al descubierto que había una suerte de malestar que parte de la sociedad no podía asimilar muy bien. Quizás tenía que ver con el ascenso social del boxeador encarnado de manera exagerada por Firpo, que en 1919 había cobrado una bolsa de 150 pesos por pelear en Chile y tres años después recibió 150 mil pesos en su pelea con Jim Tracey en Sportivo Barracas. Esa trayectoria meteórica, no solo desde lo deportivo, sino también desde lo económico abre muchos interrogantes sobre el lugar simbólico y económico del boxeo en la sociedad argentina. Pero también la idea de un hombre que sin educación busca su propio destino por fuera del trabajo en un taller de oficio o del empleo asalariado, resultaba disruptiva de ciertos mandatos sobre los deberes de los hombres jóvenes de la ciudad. Firpo insistía en explicar que “el dinero no era todo”, porque “Los “hombres que viven de su sueldo” son mudos, se aburren, no tienen nada que contar, salvo el dinero que ganan “con trabajos penosos” dice Piglia [1974] sobre los personajes que Arlt retrataba en la entreguerras, algunos de los cuales eran boxeadores. La literatura de Arlt rescató muchos personajes del pugilismo porque escribía sobre personas castigadas y con sueños. Piglia [1974] destaca que estos hombres se adentraban en el camino de enriquecerse como en la epopeya de una apropiación mágica, pero donde esa “conquista del dinero” no ocultaba las relaciones de producción, sino que por el contrario “convertían su trayectoria en el escenario de una lucha heroica que hace de la economía una guerra personal.” [Piglia 1974:26]

Acá estaban descriptos muchos de estos boxeadores de los veinte que aspiran a ser más. Esa elección podría convertirlos en héroes, en superadores de la tragedia. La tragedia



representada como el KO o la derrota, hacía del boxeo un teatro trágico [Morris 1993; Traversa 1991]. Pero fue también la posibilidad de la victoria, la de la epopeya mágica, la que generó sentido en la práctica. Era en esos cuerpos obreros “bendecidos” por la superación del dolor y la adversidad, donde aparecía la posibilidad de redención para otros. Por eso mismo también la tragedia que los combates exhibían como espectáculo necesitaba presentarse ante el público como una representación verdadera de la fuerza y la destreza de esos hombres.

Hay una frase muy tradicional del boxeo que afirma que es un espectáculo “donde no hay nada que no sea real.” Los golpes, la sangre, la victoria y la derrota. Esta repetición obliga a pensarlo como un juego entre deseos y verdad, que es en definitiva lo que vende el espectáculo. Los espectadores parecen vivirlo así y en esa construcción estuvo muy presente la prensa que fue dando forma a la práctica. Allí pueden leerse, round a round, los pormenores de la consolidación de una forma de ser boxeador y de una manera de pelear que estaban asociadas a valores que se fueron arraigando como necesarios para la práctica y creando un sentido común pugilístico que la prensa y las crónicas se esforzaban por instalar [Ullivarri 2020].

En términos generales el boxeador exitoso en el boxeo como espectáculo era más el resultado de habilidades, trabajo duro y buenos contratos, que de criterios de hidalguía, voluntad y coraje. Pero a pesar de ello, algunas crónicas de enfrentamientos, como el de los pesados Víctor Calella y Orlando Reverbieri, muestran hasta qué punto el sacrificio podía vender una trayectoria. La crónica relata la voz del árbitro exigiendo a un boxeador que se levante, “arriba, no hay bolsa, arriba”.²⁴ Levantarse para poder cobrar era una de las construcciones de la práctica dibujadas por las revistas que trabajaban en el “entrenamiento del ojo” del público o en la definición del gusto sobre el boxeo. La idea de coraje sostenía este andamiaje que ponderaba la temeridad frente a la prudencia, explicaban que el combate tenía implícitos ciertos requisitos asociados al peligro de exponerse a riesgos. Lo que en la jerga se conocía (y conoce) como “corazón”. Además de “gran corazón”, los valores asociados a un buen boxeador involucraban “enorme punch” y “resistencia al castigo”. De esta forma, fuerza, resistencia y coraje eran los atributos más cotizados en el mundo pugilístico y todos tenían que ver con arriesgar el cuerpo para ganarse el pan, dando paso a una masculinidad nueva que ya no tenía que ver

²⁴ *Punch*, 9 de noviembre de 1923

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



con un ideal corporal donde se combinaba el uso de la fuerza bruta con la cortesía de los sportsmen sobre el ring [Viale 1922; Moreno 2018]. El boxeo como trabajo traía aparejada la necesidad y casi la obligación de noquear, de dejar inconsciente al adversario. El público gustaba de Firpo “porque no llevaba al ring la técnica depurada que placía a los estilistas, en cambio era una expresión de lo que en boxeo se llama “peleador” “y que al ring no subía a lucir virtuosismos plásticos, sino a derrotar al adversario a fuerza de golpes.” [Estol 1946].

La poca posibilidad de noquear, la falta de equivalencias, o la idea de que el boxeador peleaba solo con los más débiles era objeto de rechazo. Estos boxeadores que suben sin “arriesgar nada” eran conocidos como “usureros del ring”.²⁵ En ese sentido, por ejemplo, el director de *El Gráfico*, Gastón Martínez Vázquez, criticaba al boxeador Boneta, quien decía “Se ha propuesto lucrar sin peligro ni sufrimiento alguno, olvidando que en la carrera del pugilista nada valen los triunfos si no están salpicados por un poquito de gloria.”²⁶

Sin embargo, es cierto que la carrera de un boxeador era corta y muchos de estos boxeadores a veces peleaban porque necesitaban ganarse el pan. Y aunque ya no esperaban nada de sus puños o no estaban en condiciones, seguían boxeando porque era su trabajo. En una profesión que se iba construyendo con los años, también lo hacían los criterios que le daban forma y de vez en cuando, frente a golpizas o peleas de boxeadores mayores, el cuerpo, la salud y los hábitos de estos hombres entraba en discusión. Poco a poco la prensa fue registrando, por un lado, los entrenamientos y la forma ascética de vida necesaria para poder estar en condiciones de combatir. Pero por otro, al ser el cuerpo su herramienta de trabajo, en numerosas crónicas la prensa solía resaltar los kilos de más o la falta de condición física, el estilo de vida o el escaso entrenamiento.

La disputa por el “gusto” estaba sostenida por un universo simbólico que los medios iban construyendo, reproduciendo o transmitiendo. Y que involucraba el cuerpo, los valores y las obligaciones de estos hombres arriba y abajo del ring. *El Gráfico*, por ejemplo, contaba que cuando Solly Young desembarcó en Buenos Aires en 1920, lo hizo con un prestigio que ellos creían excesivo. Al perder con Fernando Villalba, el prestigio “excesivo” del americano pasó a “coronar” al uruguayo. Esta suerte de traspaso obligaba al boxeador

²⁵ *El Gráfico*, 16 de abril de 1927.

²⁶ *El Gráfico*, 23 de julio de 1921.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



ungido a mostrarse superior “...el knockout es indispensable.”²⁷ Cuando eso no se lograba, la gente solía desilusionarse. La pelea de Villalba contra Lavignase, por ejemplo, fue calificada de “tongo” porque “Villalba no puso en juego todos los recursos. Podría haber vencido por knockout”.²⁸ No usar todos los recursos, o combatir a desgano también tenía que ver con el combate limpio y verdadero. En el caso de la pelea de los medianos Aurelio Borneto y Elio Plaisant, se sospechó que el primero “deseaba hacerse descalificar” lanzando golpes ilícitos, por lo cual los espectadores empezaron a pedirle al árbitro que no lo descalificara, obligándolo a terminar la pelea, y la prensa celebró esa decisión.²⁹

A modo de cierre

Durante la entreguerras porteña el mundo del trabajo se amplió hacia el espectáculo, el deporte y el entretenimiento en el marco de la construcción de una sociedad de masas y del incremento del tiempo libre de los trabajadores. Las nuevas posibilidades laborales que esto abrió consolidaron novedosas perspectivas económicas y sociales para los hombres jóvenes de la ciudad. El boxeo salió de los espacios cerrados de las élites y los bajo fondos y anidó en los clubes de barrio. Y justo en el lenguaje familiar de esos barrios porteños un berretín definía a una “afición inmoderada, una pretensión, un capricho, una obstinación o terquedad” [Villanueva 2010] y sirvió por eso para nombrar ese deseo profundo que muchos hombres jóvenes sintieron por el boxeo, que comenzó a presentarse como un trabajo posible.

Un nuevo campo laboral abría oportunidades de dinero y prestigio para hombres jóvenes, pero también mostraba el costado más oscuro de esa carrera de honores. La popularidad implicaba ciertos acuerdos y conllevaba ciertos deberes. La necesidad de conseguir un espectáculo con tintes de verdad volvía al mundo del boxeo un área de frontera entre el deporte y el entretenimiento que, con una fuerza de trabajo entrenada y diferenciada, crecía aceleradamente en la entreguerras porteña. Lejos de proletarizarse en nombre de la producción de bienes, los hombres jóvenes que peleaban sobre el ring lo hacían en nombre del espectáculo. Desafiaban por eso mismo los destinos asignados para ellos a través del sacrificio y el coraje pero se entregaban muchas veces al azar. Un azar que estaba también

²⁷ *El Gráfico*, 18 de septiembre de 1920.

²⁸ *El Gráfico*, 18 de septiembre de 1920.

²⁹ *El Gráfico*, 6 de agosto de 1921.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



gobernado por el dinero, pero que prometía más oportunidades de reconocimiento. Era otra forma de trabajo posible, que permitía a algunos hombres desplegar bajo las luces de un ring todo un conjunto de virtudes masculinas, fuerza, resistencia, valor. A cambio había promesas de éxito o su contracara, un destino aciago. Era una encrucijada difícil que encontraba sentido en la juventud y en las posibilidades sociales que estos trabajadores tenían para pensar su lugar en una ciudad en transformación.

**Bibliografía****AISEMBERG, ALICIA**

2009 El mundo popular en escena. Formas misceláneas de representación en el sainete criollo, en Concurso Nacional de Ensayos Teatrales “Alfredo de la Guardia, Instituto Nacional del Teatro, Buenos Aires.

ALABARCES, PABLO

2008 Fútbol y patria, Buenos Aires: Prometeo.

2012 Estudios sobre el deporte: por qué vale tanto la pena este libro. En Branz, J., Garriga Zucal, J. y Moreira, V. (Comp.), Deporte y Ciencias Sociales: claves para pensar sociedades contemporáneas; La Plata: EDUNLP.

ALLEN, STEPHEN

2017 A history of boxing in Mexico. Masculinity, Modernity and Nationalism, Albuquerque: University of New Mexico Press.

ANDERSON, JACK

2005. Pugilistic prosecutions: prize fighting and the courts in nineteenth century Britain, The sports historian, N 2001, 21, Nov, pp 35-53.

ARCHETTI, EDUARDO

2016 Masculinidades, Buenos Aires: Club House.

ARNOUX NARVAJA, AURELIO

2016 Crecimiento, diversificación y resignificación de los Espacios Libres en la Ciudad de Buenos Aires para la práctica deportiva y de educación física: el sueño de una ciudad deportiva en las primeras décadas del siglo XX, trabajo presentado en el IX Congreso De Historia De Avellaneda De La Provincia Y Ciudad De Buenos Aires, Avellaneda, 18 y 19 de agosto de 2016.

2018 El sueño de una ciudad deportiva. El espacio libre en la ciudad de Buenos Aires en torno a la década de 1920 y su utilización para la práctica deportiva y de educación física, Tesis de Maestría, Universidad de San Martín.

BARRANCOS, DORA

2014 Prólogo, en Scharagrodsky, Pablo (comp.), Miradas médicas sobre la cultura física en Argentina, 1880-1970, Buenos Aires: Prometeo.

BERGEL, MARTÍN Y PALOMINO, PABLO

2000 La revista El Gráfico en sus inicios: una pedagogía deportiva para la ciudad moderna, Revista Prismas, N°4, pp. 103-122.

BOLIO, EDMUNDO

1923 “El box en las escuelas públicas. Su importancia educativa”, en Diario Oficial del Gobierno del Estado de Yucatán, 6 de noviembre.

CECCHI, ANA

2012 La timba como rito de pasaje: la narrativa del juego en la construcción de la modernidad porteña (1900-1935) Buenos Aires: Teseo.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.





CORTÉS ANCONA, JORGE

2015 El campo del boxeo en ¡Esta noche, gran velada! ¡Kid Peña contra Alarcón por el título europeo!, de Fermín Cabal, y ¡Pelearán diez rounds!, de Vicente Leñero. Estudio comparativo, Tesis de Doctorado, Universidad de Sevilla.

CUGGIA, PEDRO

1952 Los secretos del ring, Angel Portero Editor, Tucumán 1952.

DEMARCO, JORGE

1997 Historia del boxeo aficionado en la Argentina, Tomo 1, Buenos Aires: Ed. Del autor.

ESTOL, HORACIO

1946 Vida y combates de Luis Angel Firpo, Buenos Aires: Bell.

FRYDENBERG, JULIO

2011 Historia Social del Fútbol. Del amateurismo a la profesionalización, Buenos Aires: Siglo XXI.

FURFARO, BLAS

1988 Vida de un grande del boxeo argentino, Justo A. Suárez, Buenos Aires.

GONZÁLEZ VELAZCO, CAROLINA

2012 Gente de teatro. Ocio y espectáculos en la Buenos Aires de los años veinte. Buenos Aires: Siglo XXI.

GORELIK, ADRIÁN

1996 La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires 1887-1936 Quilmes, UNQ.

GUIAMET, JAVIER

2016 El trompeador Firpo. El boxeo dentro del imaginario del socialismo argentino de los años veinte, Anuario de la Escuela de Historia Virtual, Año 7, N° 9, pp. 61-80.

GUMBRECHT, HANS

2006 Elogio de la belleza atlética, Buenos Aires: Katz.

HERRERA ADASME, HERNÁN

2015 Escultores de mentones y perforadores de la piedra: la práctica del boxeo en El Teniente 1916-1950, Tesis de Maestría, Universidad de Santiago de Chile.

JUNGHANNS, W.

2015) The Historical Transformations of the ‘Boxing Idol’: The Case of Max Schmeling y Sacks, Marcy, Speaking Through Silence? Whites’ Efforts to Make Meaning of Joe Louis, en Scott, David (ed.) Cultures of boxing, Berna: Peter Lang.

LOSADA, LEANDRO

2009 Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo. Buenos Aires: Sudamericana.

María Ullivarri “Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.

**LOUDCHER, JEAN-FRANÇOIS Y DAY, DAVE**

2013 The International Boxing Union (1913-1946): A European Sports and/or Political Failure? En *The International Journal of the History of Sport*, Vol. 30, No 17.

MARTÍNEZ MAZZOLA, RICARDO

2013 Gimnasia, deportes y usos del tiempo libre en el socialismo argentino (1896-1916)", en *Miradas médicas sobre la "cultura física" en Argentina (1880-1970)*, Buenos Aires: Prometeo.

MORENO, HORTENSIA

2018 El cuerpo del/la boxeadora/a: danza y representación. *Investigación teatral*, Vol. 9, Núm. 13.

MORRIS, D.

1993 *La cultura del dolor*, Santiago de Chile: Andrés Bello.

MOSCATELLI, M.

2003 *La Liga Patriótica Argentina Una propuesta nacionalista frente a la conflictividad social de la década de 1920*. En *La Trama de la Comunicación*" vol. 7, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencia Política y RR. II., Universidad Nacional de Rosario.

OATES, CAROL

2014 *Del Boxeo*. Buenos Aires: Punto de Lectura.

PALLA, JONATHAN

2016 *La Industria Cultural en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XX: El caso del Stadium Luna Park*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2018 Bitácora de Willie Farrell. Pugilismo, escenarios y negocios a ambos lados del Atlántico. (1920-1960), *Revista Claves*, Vol. 4, No 7, pp. 57-86.

2019 Anglicanos, navegantes y boxeadores. Trayectorias pugilísticas sobre el Atlántico. En *Jornadas de Sociología*, septiembre.

PIGLIA, RICARDO

1974 Roberto Arlt: La ficción del dinero, en *Hispanamérica*, Año 3, No. 7, Julio, pp. 25-28.

REYNA, FRANCO

2011 *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y la difusión del fútbol en Córdoba (1900 – 1920)*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S.A. Segreti".

2015 *La emergencia del profesionalismo en el fútbol de Córdoba (Argentina)*, *Recorde*, Río de Janeiro, V. 8, n.1. pp.1-23.

ROBERTS, RANDY

2011 *Emperors of masculinity. John I. Sullivan, Jack Johnson and Changing ideas of manhood and race in America*, en Daryl, Adair, *Sport, race, and ethnicity: narratives of difference and diversity*, Morgantown, W. Va.: Fitness Information Technology.

María Ullivarri "Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



ROLDÁN, DIEGO

2010 ¿Qué hacer con el tiempo? Intentos reguladores y estrategias de resistencia sobre los usos del tiempo libre: un campo conflictivo. Los sectores populares de Rosario 1910-1945, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Rosario.

ROMERO BREST, ENRIQUE

1929 El Box. Buenos Aires: La Vanguardia/Sociedad Luz.

ROTELLA, CARLO Y EZRA, M. (ED.)

2017 The bittersweet science, Chicago: University of Chicago Press.

SCHARAGRODSKY, PABLO (COMP)

2011 La invención del homo-gymnasticus, Fragmentos históricos sobre la educación de los cuerpos en movimiento en Occidente. Buenos Aires: Prometeo.

SCHETTINI, CRISTIANAY GALEANO, DIEGO

2019 Una historia verosímil de la Princesa de Borbón: trabajo, género y sexualidad en América del Sur, 1905-1919, en Barragán, R. (ed), Trabajo y trabajadores en América Latina, Ed. CIS. La Paz.

SCOTT DAVID

2017 Boxing: from male vocation to neurotic masculinity, *Sport in History*, Vol 37, Issue 4, pp. 469-482.

SCOTT, DAVID (ED.)

2015 Cultures of boxing, Berna: Peter Lang.

SERVERA, LUCIANO

2017 De amateurs a profesionales. La profesionalización del fútbol en Argentina (1925-1931), Tesis de Licenciatura, Universidad Torcuato Di Tella.

SHENIN, DAVID

2017 Sports culture in Latin American history, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

SUGDEN, JOHN

1996) Boxing and society: An international analysis, Manchester University Press

TRAVERSA, OSCAR

1991 Figuraciones del cuerpo en la prensa. 1918-1940, Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires.

ULANOVSKY, CARLOS ET AL

2009 Días de radio, 1920-1959, Buenos Aires: EMECE.

ULLIVARRI, MARÍA

2020 Boxeo, espectáculo y deporte. Hacia la construcción de una institucionalidad pugilística en la Buenos Aires de los años veinte, en Anuario del Instituto de Historia Argentina, La Plata.

María Ullivarri "Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 17, julio 2020, pp. 297-323.



VIALE, CESAR

1922 El Deporte argentino, Buenos Aires: Librería de A. García de los Santos.

1950 Cincuenta años atrás, Buenos Aires, Ed. Piatti.

VILA, JULIO

2011 El boxeo y yo. Anecdotario pugilístico, 1829-2009, Buenos Aires: El Arco.

VILLANUEVA, AMARO

2010 Obras completas, Paraná: Universidad Nacional de Entre Ríos.

WACQUANT, LOIC

2007 Carisma y Masculinidad y el boxeo, en Debate Feminista, Vol., 36, octubre, pp. 30-40

2011 El punto de vista del boxeador: cómo piensan y sienten los boxeadores sobre su profesión. Educación física y ciencia, año 13, Depto. de Educación Física, UNLP.

2002) Whores, Slaves and Stallions: Languages of Exploitation and Accommodation among Boxers, en Comodifying bodies, Scheper-Hughes, Nancy y Wacquant, L., Sage, London.